

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

REUNIÓN DEL COMITÉ DIRECTIVO DE LA AGENCIA INTERNACIONAL DE LA ENERGÍA

El pasado 15 de noviembre pudo decirse que, en materia de petróleo, los Estados Unidos habían llevado el gato al agua. En efecto, el Comité de Coordinación del grupo de los «Doce», creado a propuesta norteamericana en la Conferencia de Washington de febrero de 1974, se convertía en un apéndice de la OCDE con el nombre de Agencia Internacional de la Energía. Entre tiempo, ese grupo se había ampliado y 17 fueron los países que firmaron el Acuerdo internacional de la energía, vigente por diez años. Uno de ellos fue España. Francia no se alistó en ese banderín de enganche, firmó en su repulsa a que se constituyera una especie de anti-OPEP susceptible de propiciar la confrontación con los países productores antes que la concertación.

Los objetivos de ese cartel de consumidores, vagamente formulados en Washington, tomaron cuerpo en los acuerdos del 15 de noviembre. De hecho, ya estaban señalados desde el 6 de agosto, según se desprende de declaraciones oficiales norteamericanas, pero su impacto informativo quedó anulado por el estruendo de la renuncia de Richard Nixon a la presidencia de los Estados Unidos. Días después, el secretario de Estado para Asuntos Económicos y Comerciales, Thomas Enderson, concretó en Bonn lo que se pretendía: estar en condiciones de hacer inoperante un nuevo embargo de petróleo, precaución sumamente razonable por parte de países que hubieron de sufrir el de 1973. Pero aun siendo meramente defensivo, semejante propósito confería a los «Doce», y más adelante a la Agencia, un carácter político y, debido al peso específico de los Estados Unidos, cierta supeditación a sus iniciativas. Ello explica la negativa gala a ser tripulante de una nave cuya singladura podía anticiparse aun antes de que se hiciera a la mar.

Por consiguiente, no podía constituir sorpresa alguna la cartilla que los días 5, 6 y 7 de febrero había de leer el secretario de Estado adjunto, Thomas

Enderson, a los reunidos en el Château de la Muette, sede de la OCDE. Comprendía cinco puntos y apuntaba a ser como un pacto atlántico del petróleo, o sea, «un plan realista», lo que, traducido en claro, suele significar conveniente para el que lo propone. Tal sugiere el programa de control del «reciclaje» e inversiones de los excedentes financieros de los países productores, así como de ayuda a su industrialización. Pero el punto clave era, además de garantías de aprovisionamiento por parte de los países productores, la fijación de un precio mínimo o tope del petróleo, que Thomas Enderson formuló con la boca chica. A pesar de ello, tropezó de entrada con la oposición de diversos países, en particular de Japón e Italia, carentes de energía propia y que estimaron que el plan propuesto beneficiaba en último término a los Estados Unidos antes que a los restantes países de la Agencia. Thomas Enderson se batió en retirada y admitió que la fijación de un precio mínimo no era cuestión a resolver en lo inmediato. Es más, estimó la conveniencia de esperar los resultados de la Conferencia en la «cumbre» de Argel, en la que los Estados Unidos consideran acaso que Irán y Arabia Saudita pueden hacer un poco de caballo de Troya. Es de suponer que es esta una visión optimista en orden a una rebaja del precio del petróleo, por cuanto en la Conferencia de Teherán de diciembre de 1970, que reunió a los países exportadores del golfo Pérsico y las sociedades petroleras con intereses en la región, Irán fue el «duro» que impuso un aumento de precio de 35 centavos por barril, otro aumento del 2 por 100 hasta junio de 1971 y la posibilidad durante cinco años para los países del golfo Pérsico de solicitar nuevos reajustes de precios, debido a la ya iniciada inflación mundial. Esta posibilidad sigue vigente, de conformidad con los términos de los acuerdos de Teherán. Ello pone de manifiesto que el problema de la subida del precio del crudo se falsea al presentarlo como consecuencia de la guerra del Ramadán y como una iniciativa árabe, culpables en definitiva de la inflación mundial y el desbarajuste de una economía caracterizada por el despilfarro.

La realidad de ese despilfarro se ha impuesto en la reunión del Comité Directivo de la Agencia Internacional de la Energía. No otro sentido tiene la decisión de que los países miembros reduzcan en dos millones de barriles diarios las importaciones de petróleo para aliviar los males de sus balanzas de pago. De otra parte, se decidió estudiar medios de conservación de la energía. Es decir que, en definitiva, el ahorro ha sido uno de los temas destacados de la reunión, junto con el decidido propósito de intensificar los esfuerzos para producir energía sustitutiva del petróleo, asociando los esfuer-

zos mediante medidas coordinadas. En el ámbito de las medidas coordinadas cabe incluir la decisión de que las reservas de crudos de los países de la Agencia se pusieran en común para su distribución en caso de nuevo embargo, lo que supone una carga de solidaridad superflua para países que no sufrieron el embargo de 1973, como es el caso de Gran Bretaña y España. Finalmente, se acordó que antes de iniciar el diálogo consumidores-productores era preciso concretar el alcance de tal diálogo y sus modalidades.

En suma, si los países de la Agencia no se hurtan a la influencia norteamericana preponderante, se ha producido en la reunión de la Muette cierta resistencia a dejarse dominar incondicionalmente por sus iniciativas. Es de suponer que las veleidades bélicas del señor Kissinger, coreadas por el presidente Ford, han tornado cautos a sus asociados en la Agencia, por lo demás nada insensibles a las señales de voluntad de concertación dadas por los países productores, aunque éstas no vayan en la dirección de una rebaja de los precios del crudo. De ahí que no se imponga que la reunión del Comité Directivo de la Agencia Internacional de la Energía haya supuesto una victoria del plan Kissinger, como ha estimado algún comentarista. No hubo vencedor ni vencido, por cuanto el debate se alejó del terreno en que inicialmente trató de plantearlo Thomas Enderson, que era el de constituir un bloque decidido a imponer en primer término —¿por qué medios?— un precio mínimo o tope del petróleo. Por tanto, no puede decirse que los Estados Unidos han llevado el gato al agua en París. El gato no se dejó coger o maulló demasiado.

Las que sí han conseguido una victoria por omisión del tema han sido las sociedades petroleras, que son parte importante del complejo proceso de abastecimiento del petróleo. En efecto, aunque el acuerdo fundacional de la Agencia las mencionara, lo hacía en términos que no permitían deducir que, paralelamente a la estrategia estudiada para poner los países productores en razón, se consideraba otra destinada a controlar las sociedades y obligarlas a dar cuenta de sus mecanismos y beneficios, que no andan muy a la zaga de los que obtienen los países productores.

En consecuencia, surge el interrogante de si los esfuerzos hechos por los Estados Unidos para agrupar a países que representan alrededor del 80 por 100 del consumo mundial no apuntan ciertamente a rebajar o estabilizar los precios del petróleo, lo que es vital para la economía occidental, pero también a lograr otro objetivo: el de no afectar lo más mínimo los intereses de las sociedades petroleras, norteamericanas en su gran mayoría,

trátase de las «Siete hermanas» o de las «independientes». Porque, ¿quién le sigue la pista a esos otros petrodólares que embolsan? Tal vez estima Washington que es más difícil meter en cintura tales sociedades que los países de la OPEP. Puede ser un error de cálculo de catastróficas consecuencias. En los libros de Historia abundan los ejemplos de errores de cálculo cometidos por estrategias de gran categoría.

LA CONFERENCIA DE DAKAR DE PAÍSES PRODUCTORES DE MATERIAS PRIMAS

Antes de que se alzara el telón sobre la reunión en París del Comité Directivo de la Agencia Internacional de la Energía, había iniciado sus tareas la Conferencia de Dakar, celebrada del 4 al 8 de febrero, a un tiempo que la Comisión de las Comunidades Europeas elaboraba un plan de política comunitaria para el abastecimiento del Mercado Común en materias primas.

Los medios informativos sólo se han referido de pasada a la Conferencia de Dakar, que reunía a los países productores de petróleo, atentos a los preparativos de la Conferencia en la «cumbre» de Argel, y a países en vías de desarrollo o subdesarrollados, cuyas materias primas nutren el voraz mundo industrializado. No por la escasa atención que ha merecido tiene menor importancia esta conferencia, consecuencia a plazo lejano de la Conferencia de Bandung, que, en su comunicado final, trazó en 1955 las directrices de un programa destinado a modificar el planteamiento de la economía mundial, ello a base de conseguir la libertad económica, condición indispensable de la culminación de independencias políticas recién adquiridas. En este orden de ideas, puede decirse que la creación por Venezuela, Kuwait y Arabia Saudita de la OPEP en 1960 plasmó el espíritu de cooperación económica preconizado en Bandung, conferencia que en su día suscitó escepticismo, cuando no ironías o rechiflas por parte de ciertos sectores de opinión occidental. En cambio, el Vaticano—informado como ninguna cancillería de los rumbos del mundo, se ha dicho—estimó en aquel entonces: «Esto significa una nueva época de la historia universal». El caso es que en los veinte años transcurridos desde Bandung, el Tercer Mundo no ha cesado de ir tomando conciencia de su derecho a ser factor activo y no sujeto pasivo en el ámbito internacional y económico. Tal se deduce de la tendencia irrefrenable a la nacionalización de los recursos naturales, de las cuales

las más recientes son la nacionalización del hierro de Mauritania y los fosfatos del Togo.

Por tanto, se evidencia que en Dakar no ha habido una improvisación o que sin experiencia, planos previos ni preparativos se han empezado a abrir los cimientos de un nuevo orden económico. Ya hay un modelo en pie, centrado en esa esencial materia prima que es el petróleo: la OPEP. La cuestión es ampliarlo a todas las restantes materias primas, que poseen países subdesarrollados, imposibilitados de salir de su situación de seguir entregando sus recursos naturales a precios más o menor arbitrariamente fijados en lejanas áreas y constreñidos a comprar productos industrializados a precios impuestos sin posibilidad de regateo. Que este mecanismo de intercambio, aparte de dejar en mal lugar a la justicia, fomente el ampliamente denunciado enriquecimiento de los ricos y empobrecimiento de los pobres, es fenómeno objetivo que está al margen de cualquier ideología. Además, genera un complejo de inferioridad y una pasividad que la delegación argelina se ha esforzado en combatir en Dakar, exponiendo su tesis de que la riqueza de un país no estriba en tener dólares, sino recursos naturales y en conseguir ayuda técnica. Esa tesis ha triunfado e indica por dónde irán en adelante los tiros: suministro de materias primas a precios cuando menos negociados a cambio de alimentos y tecnología.

De hecho, los promotores de la Conferencia de Dakar, en primer término Argelia, punta de lanza de este nuevo enfoque de las relaciones económicas del Tercer Mundo con el mundo industrializado, habían atado cuidadosamente cabos antes de emprender el proceso de organización de los países productores de materias primas. De ahí que no suscitara grandes discusiones el programa de 18 páginas presentado en Dakar y del que sólo queda pendiente de resolución la creación de un fondo especial para financiar las reservas de regulación de las materias primas. Corresponde a los países petroleros constituir ese fondo. Al parecer, hubo alguna resistencia por parte de este o aquel de esos países a la hora de echar mano de la cartera repleta de petrodólares, por lo que la decisión sobre la dotación de ese fondo quedó aplazada hasta la Conferencia de Argel.

Allí, aparte de esta cuestión, se pretende lograr no sólo la concertación global de los países petrolíferos, sino también la de los países productores de materias primas antes de iniciar con los países industrializados un diálogo que apunta a reconsiderar el orden económico internacional, de forma que los países del Tercer Mundo puedan emprender un nuevo ca-

mino. Estos han estimado que «sólo conseguirán una emancipación económica total cuando controlen sus recursos y riquezas naturales y alcancen después el desarrollo económico», según el extenso documento llamado Declaración de Dakar, centrada en una acción conjunta. Es decir, que en Dakar un amplio sector del Tercer Mundo ha estudiado la constitución de un frente unido y activo. Las medidas que los países de la CEE se disponen a adoptar en materia de abastecimiento de materias primas pregona que la amenaza no se ha tomado a humo de pajas y que el embargo del petróleo pudo ser mero botón de muestra del riesgo de parálisis que ronda el mundo industrializado, abocado a la concertación y la cooperación, una vez descartado el enfrentamiento, cuyas consecuencias podrían ser catastróficas.

Pero a pesar del decidido propósito de los países miembros de las proyectadas «Opefosfatos», «Opepotasas», «Opebauxitas» y muchas otras «Opes», de no estar supeditados al mundo industrializado y ser instrumentos de su desarrollo, sino de controlar suministros y precios, o sea, monopolizar sus recursos, no deben estimar que todo será coser y cantar. En efecto, por boca de Harold Wilson en conferencia pronunciada en la Sociedad Laborista de Amigos de Israel el 10 de febrero, se ha declarado, es lógico, contra el sistema de «cartel» adoptado en principio en Dakar y anunció que abordará el tema en la Conferencia de la Commonwealth del mes de abril. Lo que no puede anticiparse es el resultado práctico de los lamentos de Gran Bretaña, portavoz del mundo industrializado, ante países que pueden beneficiarse con la creación de organizaciones en defensa de sus materias primas.

LA PARTICIÓN DE CHIPRE

El 20 de febrero, el Consejo de Seguridad se reunió para iniciar el examen del recurso presentado por los grecochipriotas contra la decisión turcochipriota del 13 de febrero que convierte la línea Atila en frontera de un «Estado federado turcochipriota en el marco de un Estado federal chipriota». Con este eufemismo, el jefe de la minoría turca de Chipre, Rauf Denktash, dio a conocer el hecho consumado de una neonanexión por Turquía de los territorios militarmente ocupados el pasado julio o, cuando menos, el logro de la *taksim* o partición de la isla, objetivo incansablemente perseguido por turcos y turcochipriotas desde que en 1959 se negoció en Zurich la concesión por Gran Bretaña de la independencia de la isla. En aquel entonces, a la

taksim se oponía la aspiración grecochipriota a la *enosis* o unión a Grecia de toda Chipre. Ninguna de esas dos tesis triunfó en Zurich. Las negociaciones desembocaron en la independencia de Chipre garantizada por Gran Bretaña, Turquía y Grecia y en una no muy clara delimitación de los derechos de la minoría turca, que representaba el 17 por 100 de la población de Chipre, cuya dirección asumió el arzobispo Makarios.

La Constitución de 1960 no logró zanjar el pleito larvado entre las dos comunidades de la isla que entre temporales y bonanzas, crisis y cascos azules arribó al golpe de Estado del 15 de julio de 1974, protagonizado por Nicos Sampson. No ha quedado dilucidado si fueron exclusivamente los dirigentes del régimen militar de Atenas quienes planearon esa acción encaminada a derrocar a un presidente Makarios que, vuelto de espaldas a la *Enosis*, se inclinaba a un sospechoso neutralismo nada conveniente para los intereses occidentales. En todo caso, el régimen militar griego fue chivo expiatorio de una aventura funesta, cuyas consecuencias presentes y futuras son de extrema gravedad en esa conflictiva región del mundo que es el Mediterráneo oriental.

En efecto, aparte de la tragedia de miles y miles de grecochipriotas expulsados de sus hogares y tierras por las fuerzas armadas turcas, que ocupan más de la tercera parte de la isla —la parte más rica— desde Famagusta hasta muy al sur de Morfú, pasando por Nicosia, hay el desmantelamiento del sistema defensivo de la OTAN en el Mediterráneo oriental debido a la retirada de la Grecia de Karamanlis de esa organización y el creciente esquiñamiento de Turquía, nada conforme en aparecer como el nuevo chivo expiatorio de una situación explosiva en la que, realmente, son múltiples las responsabilidades. Inicialmente, desde luego, está el golpe de Estado que apuntaba a la *Enosis*, en teoría fórmula ideal para poner coto a las inquietudes que suscitaba en Grecia y allende Grecia la ambigua política del presidente Makarios. En la práctica ha sido un tiro que salió por la culata, ya que quienes tomaron o incitaron a la iniciativa no contaron con la réplica de Turquía, sin embargo nada imprevisible dada la conocida postura de Ankara al respecto. Es de señalar el incumplimiento de la resolución del Consejo de Seguridad del pasado noviembre relativa a la retirada de Chipre de tropas extranjeras —en claro, turcas— y al regreso a sus hogares de los refugiados griegos, porque la inoperancia de un organismo no lo exime de responsabilidad. Otro incuestionable elemento responsable de la decisión unilateral que se atribuye Rauf Denktash ha sido el regreso a Chi-

pre del presidente Makarios, contra vientos y mareas y pese a ruegos y consejos, en particular de Atenas. No hicieron mella en su empeño casi patológico por gobernar la isla. Nada permite afirmar que las negociaciones iniciadas entre Clerides y Denktash hubieran dado frutos de convivencia pacífica entre las dos comunidades chipriotas, pero los resultados conseguidos en el ámbito humanitario—la liberación de prisioneros así lo demuestra—dejaban un resquicio a la esperanza. El regreso de Makarios, odiado por los turcos y poco grato a los británicos, dio al traste con esa esperanza, singularmente una vez que los grecochipriotas perdieron una de las pocas bazas de que disponían para negociar un estatuto que mantuviera a Chipre como un todo indivisible. Esa baza la constituían los turcochipriotas del sur de la isla refugiados en las dos zonas de soberanía que conserva Gran Bretaña: Akrotiri y Dhekelia. La autorización dada por Gran Bretaña para que se trasladaran en masa a la zona Norte, dominada por el Ejército turco, consumó de hecho la partición política de Chipre, por cuanto a la partición territorial se sumó la separación étnica.

Tal vez esa decisión británica—a todas luces desfavorable para la comunidad griega—se adoptara con el propósito de hacer más lenitiva la decisión que venía puliendo el Congreso norteamericano de suspender créditos y ayuda militar a Turquía, cuyo poderío militar se deriva sin discusión de su pertenencia a la OTAN y del apoyo preferente que le ha venido prestando Estados Unidos. Pero lejos de amilanarse, Turquía ha replicado al Congreso, por Rauf Denktash interpuesto, convirtiendo en realidad su viejo sueño de partición de Chipre que, en la práctica, vincula el norte de la isla al país que la dominó desde 1571 hasta 1878, fecha en que pasó a manos de Gran Bretaña. Por lo demás, la proclamación del Estado federado ha echado a pique la conferencia que Kissinger proyectaba celebrar en Bruselas a finales de febrero para tratar de Chipre. En definitiva, la fuerza ha impuesto su ley, por injusta que sea esa ley, pese a los clamores de los grecochipriotas y de Grecia y ante una OTAN impotente para impedir este nuevo golpe asestado a su unidad y fortaleza en el Mediterráneo oriental donde surge la amenaza, si el Congreso no reconsidera su decisión con relación a Turquía, de que este país cierre bases «que constituyen para Estados Unidos y la OTAN uno de los mejores negocios del mundo en materia de seguridad», según el ministro turco de Asuntos Exteriores, Melih Esenbel, en recientes declaraciones. Es decir, que está en duda la supervivencia no sólo de la base de Izmir, que depende de la OTAN, sino las bases de «obser-

vación» de que dispone Estados Unidos en el mar Negro y la región fronteriza con la Unión Soviética. Todo ello evidencia que la OTAN—y por vía de consecuencia, Estados Unidos—está preparada, prevenida y equipada para una eventual agresión procedente del exterior, pero que resulta desarmada o equivocadamente armada para hacer frente a un conflicto real originado en su seno. Tal pone de manifiesto, entre otras cuestiones, la cuestión de Chipre.

Su solución, que de momento corre a cargo del Consejo de Seguridad, lleva a recordar que según un humorista lo que caracteriza un problema político es que no tiene solución. Ello explica que, cabizbajo, entristecido y moralizador, el Consejo de Seguridad se haya limitado el 27 de febrero a reconocer la realidad de una separación de Chipre en dos Estados más o menos federados, hecho que Turquía no está dispuesta a reconsiderar ni grecochipriotas y Grecia a admitir sin más forcejeos. He aquí, pues, un nuevo factor de tensión en el Mediterráneo oriental con eventual proyección en todo el Mediterráneo.

EL PRINCIPIO DEL FIN DE LA GUERRA DE CAMBOYA

«Es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer», dice un viejo refrán castellano. Mucha verdad encierra esta rotunda afirmación inmovilista de relacionarla con el caso de Camboya. Cuando los Estados Unidos abrigan todavía la esperanza de una solución militar de la guerra de Vietnam, Camboya, dirigida por Norodom Sihanuk, hacía un doble juego perjudicial para Saigón y sus aliados norteamericanos. Proclamando a voz en cuello la neutralidad de ese país, Norodom Sihanuk no se privaba de convertirlo en «santuario» del Vietcong y fuerzas de Vietnam del Norte, a un tiempo que había de vérselas con los llamados jemers rojos, alzados en armas contra él. La contradicción se explica desde el punto de vista de Norodom Sihanuk: cerrando los ojos ante las violaciones de la neutralidad camboyana lograba moderar la ayuda que quienes la violaban podían prestar a sus oponentes. Ese punto de vista—«lo malo conocido»—lo estimaron inadmisibles los Estados Unidos. No les faltaba la razón, pero «lo bueno por conocer» ha resultado peor. Es un secreto a voces que los norteamericanos no se limitaron a ejercer un discutido derecho de persecución de los combatientes comunistas guarecidos en sus madrigueras camboyanas. El 18

de marzo de 1970, aprovechando el viaje a París, Moscú y Pekín de Norodom Sihanuk, el general Lon Nol dio un golpe de Estado. Acto seguido, el derrocado Norodom Sihanuk hizo una pirueta: se arrojó en brazos de los chinos y se reconcilió con los jemers rojos que, nada rencorosos, pasaron a considerarlo jefe de la resistencia al imperialismo agresor de la patria. Bien es verdad que detrás de Norodom Sihanuk estaban las masas campesinas, que le eran sumamente adictas.

Estos acontecimientos que parecen de sainete fueron el prelude de una guerra que devasta a Camboya desde hace años, aunque sólo esporádicamente recojan sus incidencias los medios informativos. Excusado es decir que tanto el llamado bando gubernamental, que para el mundo occidental es el del general Lon Nol, como el «rebelde» cuentan con apoyos foráneos y que, quieras que no, los Estados Unidos están comprometidos con Phnom-Penh.

Si los acuerdos de París no pusieron término a la guerra de Vietnam, menos han logrado ese resultado en Camboya, tema excluido de las negociaciones. Y si la guerra de Vietnam se recrudece por días, con ventaja para las fuerzas comunistas, otro tanto sucede en el país vecino, donde a finales de febrero la capital está sitiada y, por consiguiente, cortada del resto del país al extremo de que ya no puede recibir suministros bélicos y alimentos por el río Mekong. Los Estados Unidos han establecido un puente aéreo, posible de mantener mientras puedan aterrizar los aviones en el aeropuerto acosado. No es ésta la única grave dificultad de la situación. Por vía fluvial era posible encaminar diariamente a Phnom-Penh las 1.000 toneladas de suministro que necesita la capital, cuya población ha crecido desafortunadamente debido a las oleadas de refugiados que han huido ante el avance comunista. Por vía aérea, el suministro que recibe Phnom-Penh oscila entre las 300 y las 500 toneladas diarias y, al parecer, no permite reponer puntualmente las municiones que consume el ejército gubernamental que lucha a la desesperada y no es tan numeroso en los frentes de combate como lo es a la hora de establecer las listas de pagos de haberes. Ello no es óbice para que se le imponga a los dirigentes norteamericanos la necesidad imperiosa de incrementar la ayuda. Es decir, lo sincero y encajecido de los ruegos formulados por el secretario de la Defensa, el de Estado y el presidente Ford a los miembros del Congreso a fin de obtener un crédito de 200 millones de dólares para Camboya, argumentando muy justamente que no es sólo cuestión de vida o muerte para el Gobierno Lon Nol, sino que está en juego la credibilidad de los Estados Unidos en cierto

modo—mejor dicho, en modo cierto—sus aliados, por cuanto sin el inicial apoyo norteamericano es de presumir que su golpe de Estado no hubiera sido punto de partida de la encarnizada guerra civil que asola a Camboya.

Realmente, el actual cerco de Phnom-Penh no es el primero que sufre la capital, si bien desde la ofensiva comunista de primeros de enero pasado la situación es cada día más difícil debido al dominio del Mekong por las fuerzas comunistas. No es la única ciudad sitiada en Camboya. Idéntica suerte comparten unas quince ciudades de provincia. En poder de los gubernamentales, están cercadas por zonas donde los comunistas campan por su respeto. Y estas ciudades, a su vez, están supeditadas al abastecimiento por vía aérea. Por tanto, todo evidencia que la situación actual no puede desembocar en el triunfo militar de los gubernamentales. Es una situación insostenible que no resolverían los créditos que se niega a conceder el Congreso norteamericano, cualesquiera que fueran. De hecho, no es el inalcanzable objetivo de una victoria militar el que persigue el ejecutivo norteamericano al solicitar créditos. Sólo pretende facilitar medios para que la resistencia gubernamental se prolongue hasta la estación de las lluvias, que se inicia en mayo e inunda todo el país al extremo de imposibilitar las operaciones militares. Entonces, descartada la esperanza de una posición de fuerza del gobierno Lon Nol para negociar, se daría una posición de menor debilidad por suspensión de las hostilidades, lo que hubiera permitido a Kissinger tirarse al ruedo negociador en mejores condiciones. Es esta esperanza de menor debilidad la que fundamenta la petición de créditos, el aliento prestado a Lon Nol y la ayuda partiendo de las bases aéreas y naval de que los Estados Unidos siguen disfrutando en Tailandia, que también se utilizan para suministrar ayuda a Vietnam del Sur. De momento son bases que no plantean problemas y no más el nuevo Gobierno surgido de recientes elecciones que al anterior da señales de premura por su evacuación por los norteamericanos, si bien se sobrentiende que algún día abandonarían esa retaguardia de Vietnam del Sur y Camboya, nuevo eventual avispero en que pueden caer los Estados Unidos. De ahí la resistencia del Congreso a facilitar los medios de una nueva aventura asiática.

No será el telegrama que el 27 de febrero Norodom Sihanuk envió al presidente Ford y en el que rechaza toda posibilidad de negociaciones para poner término a la guerra de Camboya, lo que decidirá el Congreso a reconsiderar su negativa. Lo hará tanto menos, probablemente, cuanto que tras la amenaza de no negociar, o sea, de proseguir la lucha, Norodom Sihanuk

deja entrever un futuro de relaciones pacíficas, siempre que los Estados Unidos, sin dilaciones, se abstenga de «inmiscuirse» en los asuntos internos de Camboya. Ahorro de dólares y perspectivas de paz son argumentos susceptibles de determinar que el Congreso deje al general Lon Nol en la estacada. Lo enojoso para los Estados Unidos sería que, a un tiempo, se dañaría la figura del generoso amparador de causas anticomunistas en el Sudeste asiático.

EL AUCE DE IRÁN

La firme decisión del sha Reza Pahleví de que Irán recobre en la época actual el rango de gran país que Persia tuvo en tiempos, no arranca de la euforia provocada por el incremento de los ingresos procedentes de las exportaciones de crudos, que empezaron a afluir cuantiosos a raíz de la Conferencia de Teherán de febrero de 1971. La fastuosa celebración del II Milenario de la fundación del Imperio persa por Ciro fue simplemente alzar el telón para que el mundo asistiera a la representación de una obra que no era una improvisación. Desde hacía años la venía madurando el hijo del cosaco Reza Jan, que en 1925 derrocó al último descendiente de la dinastía persa de los Kayars, a quien servía en una unidad militar. El fundador de la dinastía foránea—no ha sido la primera en Persia, ahora Irán—acometió la ardua tarea de modernizar ese amodorrado y marginado país. Lo que el padre apenas pudo poner en marcha lo está llevando a cabo el hijo, sin duda favorecido por las circunstancias, pero que han sabido explotar su indiscutible talento y temple.

Lógicamente la meta perseguida por la acción de Reza Pahleví es el desarrollo, término carente de virtualidad propia de no contar con la apoyatura de medidas encaminadas a convertirlo en realidad. El sha las englobó en la llamada «Revolución blanca». Su más destacada particularidad es que fue promovida de arriba hacia abajo. No es la habitual dirección de las revoluciones. Reza Pahleví emprendió esa revolución primero en el ámbito de la agricultura. Se dijo que así pretendía debilitar el poder de los grandes terratenientes y atraerse las masas campesinas beneficiadas por el reparto de tierras. De hecho se produjo una transferencia del poder de los terratenientes indemnizados del sector agrícola al de la industria y el comercio, lo que ha

permitido sentar las bases de una economía con estructuras occidentales. En cuanto a las tierras, no fueron entregadas, sino vendidas a los campesinos, si bien a plazos. Es decir, que la revolución promovida por el sha merece muy justamente el calificativo de «blanca», por cuanto, a despecho de múltiples medidas y mejoras de tipo social, educativo y sanitario y de la implantación y desarrollo de la industria, no ha trastocado los cimientos económicos de Irán, sino que ha tratado de occidentalizarlos.

Al parecer, lo que no ha logrado Reza Pahleví es conferir a Irán perfil de país políticamente parangonable con los sistemas de gobierno occidentales, aun cuando existan dos partidos: el Nuevo Irán, en el poder, y el Mandom, que no cabía denominar de oposición. Simplemente, no estaba en el poder. Ninguno de los dos pertenecía a la genéricamente llamada «izquierda». Ello no pretende decir que la izquierda no esté presente en Irán en la clandestinidad y no aflore en los núcleos iraníes residentes en el extranjero, en particular entre los estudiantes que cursan carreras en diversas universidades europeas. La neutralización o eliminación de los focos izquierdistas y de traficantes de drogas—cuya distinción no se establece claramente en ocasiones—es incesante actividad de la policía iraní, que con todo no es la columna vertebral del país. No lo son tampoco los partidos políticos. De ahí, posiblemente, la decisión adoptada el 3 de marzo por Reza Pahleví de disolverlos y sustituirlos por una organización única, o sea un partido único que agrupe en un solo haz coherente las escasas fuerzas políticas o elementos politizados del país, dispersos y por ello condenados a actuar en el inoperante marco de una apariencia de democracia occidental. Acaso bajo la enérgica dirección del primer ministro, Amir Abbas Hoveyda, la nueva organización suscite el interés y adhesión activa de un pueblo un tanto inclinado a considerar que la gran empresa de desarrollo que pretende el sha es cuestión que atañe exclusivamente al poder.

Independientemente de las objeciones que puedan formular ante el partido único los ortodoxos de la democracia, que son con frecuencia quienes no la practican llegado el caso, se impone que Irán ha llegado a un punto de su camino en el que se precisa cohesión y fortaleza en lo político, por lo menos a semejante nivel de la lograda fortaleza y cohesión militar, programada no bien Gran Bretaña en 1968 hizo saber que se retiraría del este de Suez a finales de 1971, lo que amenazaba con convertir el golfo Pérsico o Arábigo en olla de grillos petrolíferos. Irán se precavió de esa eventualidad a finales de los años sesenta, reorganizando su ejército y disponiendo compras

de material bélico por valor de 850 millones de dólares anuales. Pasaron a 2.000 millones en 1973, a fin de equipar un ejército de 180.000 hombres perfectamente entrenados y cuyos mandos han recibido la oportuna asistencia de los Estados Unidos, asociados de Irán en el CENTO. Los Estados Unidos, dispuestos a «ayudar a quien se ayuda», como dijera Nixon, se muestran todavía más dispuestos a ayudar a quienes los ayudan por orientar su política en la dirección señalada precisamente por Nixon en Guam, es decir, la del *disengagement* norteamericano. No equivale en absoluto a desinterés, sino a una concepción puesta al día de las marcas o provincias fronterizas. Estas son actualmente los países situados en las fronteras de las respectivas zonas de influencia de los dos Supergrandes. Irán, fronterizo con la URSS, es uno de ellos. Por tanto, es uno de los países que han de llevar a la práctica lo que se ha llamado la doctrina Kissinger de regionalización, término que le sentó a Francia como un par de banderillas cuando lo utilizó con referencia a Europa.

Siente bien o no, el caso es que bajo la dirección de Kissinger se está desarrollando la política de *disengagement* tanto en el Cercano Oriente como en el sudeste asiático, pese al contratiempo de Camboya. No equivale, en principio, a abandonar tal o cual área a la eventual voracidad del adversario, sino a neutralizarla, de ser posible, o mejor, a transferir responsabilidades militares a los países allí situados; por tanto, crear potencias regionales, cuya misión en el área de su ubicación es disuadir a la URSS y sus aliados. Dicho en otros términos: es establecer a nivel inferior al de la disuasión nuclear norteamericana centros regionales de disuasión, que, sin descartar la eventual intervención de los Estados Unidos, les permite mantenerse al margen, en evitación del holocausto nuclear. En ese guión, el papel asignado a Irán en el Medio Oriente es velar en primer término por la paz y la seguridad en el Pérsico, donde sus fuerzas armadas ya intervienen en Oman contra la subversión del Dhofar. Pero, dada la creciente importancia estratégica del océano Indico, donde soviéticos y norteamericanos pugnan por asegurarse posiciones, la proyección disuasiva de Irán rebasa los límites del estrecho de Ormuz y el golfo de Oman. Ello explica la libertad de movimientos de que goza Irán en el ámbito petrolífero, en particular su negativa a reconsiderar el precio del barril de crudo y también la atención que los Estados Unidos prestan al envío de misiones militares e instructores de pilotos iraníes al suministro de material bélico modernísimo y de helicópteros y *Phanton* a porrillo. Sin duda, la industria del armamento hace su agosto con esas ventas

masivas; pero se impone que el Departamento de Defensa norteamericano no firma año tras año contratos de creciente cuantía por mero afán de negocio. La política y la estrategia están en el meollo de las operaciones.

LA CONFERENCIA «CUMBRE» DE LA OPEP EN ARGEL

Gran expectación había suscitado la Conferencia «cumbre» de los países de la OPEP, inaugurada el 4 de marzo en Argel, que tomó la iniciativa de convocarla. Tanto que pasó un poco inadvertida la decisión francesa de cursar el 2 de marzo invitaciones para la conferencia preparatoria de la Conferencia Tripartita de la Energía, tenazmente propugnada por el presidente Giscard d'Estaing. Otro tanto sucedió con la reunión del 6 de marzo en París del Consejo de la Agencia Internacional de la Energía. Francia está ausente de esa coalición de intereses consumidores, que aspira a volver a su cauce las desbordadas aguas de una economía en que la voz cantante llevada por los Estados Unidos se ha tornado desde agosto de 1971 plañidera cantilena que hiere todos los oídos, empezando por los norteamericanos. Esta relación de interés informativo es exponente de la importancia adquirida por los países exportadores de un petróleo que los países industriales han convertido en pared maestra de sus economías, con exclusión de otras fuentes de energía. De ahí que los focos informativos se concentraran en la «cumbre» de Argel, nada afectada por la ausencia de cinco jefes de Estado (Arabia Saudita, Nigeria, Libia, Siria e Indonesia) de los 13 países de la OPEP. Su singladura, en definitiva, ha sido la señalada por Argelia, que resulta singularmente fortalecida por esa «cumbre» tanto en el ámbito propio de la OPEP como de cara al Tercer Mundo y el Medio Oriente, por cuanto la reconciliación de Iraq e Irán es notable éxito que le corresponde.

De entrada se pudo vaticinar la orientación de la Conferencia de Argel merced al discurso inaugural del presidente Bumedian. Por su moderación han manifestado sorpresa no pocos comentaristas, atribuyéndola a la disminución del consumo por parte de los países importadores, cual si ésta fuera de tal cuantía que pone los países exportadores a la cuarta pregunta y vacía en pocos meses arcas pletóricas de petrodólares, según se ha dicho a saciedad. También se mencionó la tendencia a la baja del precio de los crudos, de la que Kuwait daba ejemplo. No era éste el objetivo de la rebaja. El petróleo de Kuwait, como el del Medio Oriente en general, tiene un alto contenido de azufre (4,45 por 100 frente al 0,5 por 100 del petróleo libio),

lo que aumenta el coste del refino. En época de menor demanda, Kuwait ha de recurrir a la rebaja para no frenar sus exportaciones. Por tanto, se trata de un hecho aislado y justificado que no podía dar la tónica de una Conferencia en la que el tema de los precios no fue prioritario, sino integrado en un contexto que es nada menos que un nuevo planteamiento de las relaciones económicas a escala mundial. Dicho en otros términos, la Conferencia de Argel ha trazado el esquema de una obra en que cada protagonista habría de desempeñar su papel en función de un nuevo orden basado en la justicia, «mediante una cooperación internacional por un mundo mejor y más equitativo», como dijera el presidente Bumedian, ello mediante el «diálogo, colaboración y acción concertada para resolver problemas importantes que gravitan sobre la economía mundial», puntualiza la declaración de principios centrada en la preocupación de los países productores de utilizar al máximo sus recursos «extinguibles y no renovables» para un desarrollo que asegure su futuro.

Es preocupación que para disiparse necesita de los países industrializados, cuya industria y economía necesita a su vez no solo petróleo, sino materias primas importadas de países subdesarrollados. Existe, pues, una incuestionable interdependencia en los hechos. La Conferencia de Argel ha pretendido que se reconozca en una especie de magna Carta económica que convierta tal interdependencia en cooperación entre todos los países partícipes de la economía mundial, uno de los cuales es el Tercer Mundo. La presencia en Argel del ministro senegalés de Finanzas y Asuntos Económicos, que comunicó oficialmente los resultados de la Asamblea de productores de materias primas celebrada en Dakar, es significativa de la voluntad de los países de la OPEP de que los países del Tercer Mundo gocen las ventajas derivadas de una organización coherente de intereses comunes. Para conseguirla, puede ser paso previo la Conferencia Tripartita de la Energía por la que Francia ha batallado. Aunque los trabajos programados se centren en la cuestión del petróleo, que tanta incidencia tiene en los países subdesarrollados, la presencia de una representación de esos países en París deja la puerta abierta a la posibilidad de tratar de las materias primas en general, como lo ha pedido insistentemente el presidente Bumedian, por lo demás siempre favorable a la iniciativa gala que, lejos de ser viejo reflejo gaullista contra los Estados Unidos, como ha estimado algún comentarista, se impone como inteligente reflejo frente a la insoslayable realidad del viraje que el mundo ha de tomar en materia de sistema

económico, so pena de autodestrucción. A estas alturas, empecinarse en el liberalismo y el nacionalismo económico es tanto como querer impedir el crecimiento de un niño colocándole un peso en la cabeza. A lo sumo, el niño sacará una joroba.

Que de semejante viraje y sus riesgos tomaron conciencia los reunidos en Argel lo muestra el que a sabiendas de que no está a la vista la energía sustitutoria del petróleo que la Agencia Internacional de la Energía ha de buscar afanosamente, pero buscar no es hallar a toque de corneta, los países de la OPEP no han llegado a conclusiones draconianas. Por el contrario, son razonables, luego, moderadas. Porque proponer la congelación de los precios del petróleo hasta 1980, a condición de vincularlos a los precios de los artículos alimenticios y manufacturados que importan y que afectan la inflación, no es una barbaridad. Es lo que se practica normalmente a todos los niveles comerciales. Poner en tela de juicio la conveniencia de no efectuar las transacciones utilizando el dólar, cuyo valor está en baja, es simple realismo y demanda de una reforma del sistema monetario internacional en vigor desde Bretton Woods. Por fin, reafirmar la solidaridad de los países de la OPEP con los países en vías de desarrollo y el propósito de coordinar un programa de ayuda en favor de los países subdesarrollados mediante la creación de un fondo común de 10.000 a 15.000 millones de dólares, no pasa de ser manifestación práctica de esa cooperación tan aireada en la conferencia. O sea, no se ha desembocado en Argel en decisiones que hubieran sepultado a los filisteos industriales, al Sansón petrolífero y al inocente Tercer Mundo. Tampoco se han señalado orientaciones revolucionarias, aunque sí radicalmente reformistas para establecer un nuevo orden económico mundial, es decir, una nueva era económica. No sería la primera que ha conocido el mundo.

En cambio, la Agencia Internacional de la Energía causa la sensación de librar batallas en defensa de un *statu quo* previa derrota del contrincante petrolífero. Frente a este planteamiento del problema mediante bloques enfrentados, la Conferencia Tripartita puede desempeñar el papel de tercero en discordia o amañador de concordias lo que, en caso de éxito, relegaría a la Agencia Internacional de la Energía a tareas de laboratorio en busca de las nuevas fuentes de energía.

Finalmente, hay que puntualizar que no han sido una improvisación sobre la marcha las ideas, propósitos y objetivos formulados por el presidente Bumedian en su discurso inaugural, que ha informado los trabajos de la

Conferencia de Argel. La política económica o filosofía económica del presidente Bumedian estaba trazada en la denominada Carta de Argel, dada a conocer a raíz del I Congreso del FLN en abril de 1964. De otra parte, se desprende de esa minuciosa construcción jurídica que fueron los acuerdos franco-argelinos de 1965 y puede resumirse con pocas palabras: propiedad nacional de los recursos de un país que los explota con vistas a su desarrollo en el marco de la cooperación con otros países. Ese programa, hoy en día, Argelia quiere ampliarlo a los países del Tercer Mundo, del que se erige en portavor y líder. Ser país descolonizado con pocos años de vida internacional no es tara que invalida la acción, habida cuenta en particular de la aceleración de la Historia. Naciones europeas que han dado mucho juego fueron colonias romanas y hace sólo dos siglos que los Estados Unidos se sacudieron la colonización de Gran Bretaña. ¿Por qué habría de dar frutos menos óptimos la colonización francesa?

PORTUGAL Y LAS TRIBULACIONES DE LA OTAN

Marchitos los claveles del 25 de abril de 1974, cabe decir que la OTAN ha estado en viló considerando el desarrollo de los acontecimientos en Portugal que, por lo pronto, aconsejaron excluir este miembro del Tratado del Comité de Planes Nucleares. El fracasado intento de golpe de Estado del 11 de marzo ha añadido un problema al ya existente problema derivado del derrumbamiento de esas columnas de sustentación del sistema defensivo en el Mediterráneo Oriental que eran Grecia, Chipre y Turquía. De ahí la reunión que, al parecer, se celebró en Bruselas el 14 de marzo para tratar de lo que puede calificarse sin vacilación de crisis en la OTAN. En efecto, todo indica que tal crisis no se limita al flanco sur del dispositivo militar, sino que afecta la espina dorsal del sistema estratégico y logístico. por cuanto Portugal permitía coordinar, a través del Mando Iberland, los Mandos del Atlántico, Canal de la Mancha y Mar del Norte y el Navsouth o mando de todo el Mediterráneo. Es decir que durante veinticinco años Portugal ha venido siendo pared maestra de la edificación defensiva alzada en 1949 para hacer frente a una eventual agresión armada soviética. Semejante agresión no se ha producido debido, sin duda alguna, a la existencia de la OTAN y, en el caso concreto del Mediterráneo a la presencia de la VI Flota que, sea dicho de paso, no es parte del dispositivo

naval de la OTAN, al que sólo está «afectada», y que depende directamente del Pentágono. Pero a la incuestionable eficacia de la OTAN en el ámbito de la agresión armada, ¿corresponde similar eficacia en orden a la fortaleza y cohesión del llamado Occidente? Cuanto viene acaeciendo en Portugal y el Mediterráneo Oriental, áreas periféricas pero esenciales del mundo amparado por el Tratado del Atlántico Norte, lleva a ponerlo en duda si prescindiendo de su defensa estrictamente militar se contemplan los resultados políticos logrados por la única forma de guerra que pueda darse en la era atómica, que es la aplicación de la estrategia indirecta y la explotación de situaciones internas de malestar, conflictos o tensiones.

En efecto, descartada mediante la disuasión atómica la hipótesis bélica, se impone que toda la vigilancia de la VI Flota y la Navsoñth ha sido inoperante para impedir o siquiera frenar la serie de acontecimientos que desde octubre de 1973 se han sucedido en el Mediterráneo Oriental: el conflicto árabe-israelí, el golpe de Estado chipriota del 15 de julio de 1974, el desembarco turco en Chipre, la subsiguiente retirada de la OTAN por parte de Grecia y el esquinamiento de Turquía, además del inquietante rumbo del nuevo régimen de Portugal. Porque la técnica depurada de Iberland ha tenido tan nula incidencia en cuanto ha sucedido en ese país que, a estas alturas y pese a las tomas de posición del gobierno luso, se estima con inquietud que Portugal puede retirarse del Tratado del Atlántico Norte y dejar abierta una tremenda brechã en el sistema de defensa y coordinación de los diversos mandos de la OTAN. Dicho en otros términos, frente a maniobras políticas envolventes o simplemente frente a evoluciones internas más o menos previsibles, la OTAN no ha sido ni puede ser más eficaz que lo fuera en la II Guerra Mundial la línea Maginot para impedir el avance alemán.

Influida por las condiciones de la guerra de 1914-1918, Francia se preocupó más de sólidos frentes lineales que de movimientos tácticos. El movimiento envolvente de la Wehrmacht, las Panzer Divisionen y los Stukas, en suma, la movilidad del avance, dejaron la línea Maginot varada en su inutilidad operativa, porque la estrategia se modifica en función de los avances técnicos. Por ello, en la era nuclear que engendra la disuasión en el ámbito militar, tal vez la OTAN, inspirada en las enseñanzas de la II Guerra Mundial con el aditamento de las armas atómicas de toda índole, puede ser y hasta parece ser una nueva línea Maginot frente a maniobras indirectas en las que el adversario saca provecho de las oportunidades que

te brindan situaciones locales dotadas de una dinámica propia, como en el conflicto árabe-israelí, turco-griego y chipriota, o de desequilibrios internos, como en el caso de Portugal. Son situaciones que dejan indefensas a la OTAN, prevista para una agresión armada tanto más hipotética cuanto que el adversario no precisa desencadenarla para ampliar su área de influencia.

EL PLEITO FRONTERIZO ENTRE IRAQ E IRÁN

La huida en masa de kurdos iraquíes para refugiarse en Irán antes de que venza el plazo del 1 de abril es prueba de que la reconciliación lograda en la «cumbre» de Argel entre Iraq e Irán no se ha limitado a un simple abrazo. De otra parte, las negociaciones iniciadas a mediados de marzo en Teherán, bajo la dirección de Argelia, amigable componedor entre los dos países reiteradamente a punto de enfrentamiento armado a gran escala, confirma la común voluntad de buscar una solución al viejo problema de la delimitación de fronteras, singularmente en Chat-el-Arab - Arvand Rund para los iraníes. De hecho, la raíz de la discordia entre los dos países vecinos por esa vía fluvial se remonta a los tiempos de la dominación turca en Iraq, sin que los tratados turco-persas de 1913 y 1914 resolvieran la cuestión. La heredó Gran Bretaña al imponer su mandato en Iraq a raíz del Tratado de Sèvres y la heredó a su vez el emir Faisal cuando en 1930 consiguió que Gran Bretaña pusiera término a su mandato, pero no tanto como para no intervenir activamente en la negociación del tratado de 1937, que pretendió delimitar las fronteras entre Iraq e Irán en Chat-el-Arab. Tal tratado es uno de los ejemplos de bomba de espoleta retardada que Gran Bretaña dejó en pos de su imperial paso por Asia.

En efecto, el tratado de 1937 señala una enrevesada línea de demarcación fronteriza que, en algunos tramos, somete la navegación iraní al control del Iraq, al que ha de abonar determinadas tasas, teóricamente destinadas a mantener en buenas condiciones esa vía fluvial de capital importancia para ambos países. Según Teherán, Bagdad no cumplía ese compromiso, aunque no dejara de percibir las tasas impuestas. No era éste el único tema de controversia entre Bagdad y Teherán por cuanto en criterio de Iraq, Chat-el-Arab es parte integrante del territorio iraquí, lo que excluía toda discusión, dada su soberanía sobre la totalidad de esa vía fluvial. A semejante pretensión, Irán ha venido oponiendo el que el 60 por 100 de las aguas de Arvand Rund proceden del territorio iraní. A esos argu-

mentos de índole política y geográfica hay que agregar motivos permanentes de divergencia racial—los iraníes no son árabes—y religiosa, ya que los iraníes son chiitas y los iraquíes sunnitas, si bien todos sean musulmanes. Por si fuera poco, a partir de la proclamación de la República en Iraq en 1958, la orientación socialista de ese país añadió un factor político e ideológico al pleito existente. Las tensiones entre los dos países se agravaron con la rebelión de los kurdos de Iraq, si bien el apoyo de Irán no dejó de ser cauto, dado que en Irán también está presente una minoría kurda susceptible de imitar el ejemplo de los vecinos.

En 1969 Irán denunció el tratado de 1937, decisión que Bagdad relacionó con el fallido golpe de Estado de enero de 1970, del que hizo abiertamente responsable a Teherán. En este contexto de choques fronterizos, acusaciones mutuas y recelos parece lógico que fracasaran los intentos de mediación de países amigos para resolver la cuestión de las fronteras entre los cousuarios del Chat-el-Arab, cuestión tanto más difícil de zanjar, que exige mutua buena voluntad y propósito de entendimiento antes que argumentos históricos, geográficos o aplicaciones de los términos de tratados suscritos en circunstancias muy otras que las actuales, es decir, cuando Iraq era parte del Imperio otomano o semimandato británico, e Irán, un país inerme. Hoy en día, ambos países han logrado su independencia, la real, que es la independencia económica, ello merced a una riqueza petrolera cuyo auge y desarrollo necesita imperiosamente que el golfo Pérsico se mantenga en paz y a salvo de injerencias extranjeras. Por tanto, el interés económico impera sobre pugnas de influencia o predominio en el Pérsico, región donde todo conflicto podría adquirir dimensiones internacionales, ya que detrás de los adversarios potenciales están los dos Supergrandes, la URSS, amiga de Iraq, y Estados Unidos, de Irán. Es extremo que se ha impuesto a un país susceptible de considerar objetivamente la cuestión, como lo ha hecho Argelia con singular habilidad hasta conseguir que Irán e Iraq se avengan a dialogar en su presencia, o sea, dando a Argelia la posibilidad de dirimir. Es circunstancia que permite abrigar la esperanza de una definitiva reconciliación entre los dos países, vecinos. En todo caso y aun cuando fracasaran las negociaciones en curso, queda en pie el hecho de que Argelia ha conseguido un éxito diplomático inicial y, por supuesto, hacer acto de presencia activa en el Medio Oriente al margen de la URSS y los Estados Unidos

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

